



ESQUIROL, Josep Maria. *La escuela del alma. De la forma de educar a la manera de vivir*. Barcelona: Acantilado, 2024.

Manuel Prada Londoño
Universidad de la Amazonia - Colombia

En marzo de 2024 apareció en catalán y castellano *La escuela del alma. De la forma de educar a la manera de vivir*, de Josep Maria Esquirol Calaf, catedrático de filosofía de la Universidad de Barcelona. Se trata de una sesuda reflexión sobre la educación y, de manera particular, sobre la escuela –término que abarca desde los jardines infantiles hasta las universidades, así como cualquier lugar de educación formal, no formal o informal–, no solo como la institución donde hay aulas, currículos, maestros y alumnos, sino como todo lugar donde el ser humano despliega su capacidad de vivir en el mundo, hacer el bien y generar más mundo. De ahí que, sin perder de vista algunas de las acciones claves que se despliegan en la escuela, tales como estudiar, investigar, leer, escribir, generar teorías, crear conceptos, entre otras, Esquirol propone que la tarea fundamental de la escuela es formar en cada humano que acude a ella una *manera de vivir madura*. Por otra parte, que la escuela sea “del alma” significa que orientarse en el mundo, sentir las cosas para conocerlas, ir hacia la hondura de la vida o crear más mundo no son operaciones primeramente cognitivas, teorizantes; mucho menos son acciones evaluables o que se sometan a estándares o mediciones. Lo que está comprometido en cualquier proceso de formación es el *alma* –el sí mismo, el misterio de lo que cada uno es–, traspasada por cuatro infinitudes –la vida, la muerte, el tú y el mundo– ante las cuales el humano ha de responder.

Organizado en nueve apartados, precedidos de unas notas introductorias, el libro comienza señalando que la expresión “ir a la escuela” nos habla de un desplazamiento desde la casa, refugio de la intemperie radical del ser humano, primer lugar donde se nos muestra el mundo¹; también remite a que nuestra condición humana es situada y halla en la escuela un lugar que nos invita a vivir diferente (p. 21). ¿Diferente de qué? De la confusión y el bullicio de una sociedad informatizada, ávida de novedades vacías; de una forma de entender la educación, la escuela y, sobre todo, la vida como veneración al dinero, el poder o la fama, o como adoración al furor y la violencia (p. 153); diferente de una relación con el saber que se asume como mero artificio de dominio; también de una concepción destinal del alumnado que fija de antemano sus posibilidades futuras según sus recursos y condiciones sociales, familiares o de cualquier otra índole (p. 64); del espíritu de competencia feroz y solitaria que impide ver al otro como prójimo o de la tendencia a aislarse en cualquier tipo de intimismo.

En el centro de la escuela hallamos el aula, lugar de encuentro del alumnado y de este con sus maestros y maestras, donde acontecen la conversación y la enseñanza (p. 37), que no son actos solitarios, sino que tiene como condición de posibilidad el *encuentro*. Ir a la escuela, habitar el aula, implica *encontrarse con alguien*. Ese encuentro es “porque sí”, un don, una gracia mediante la cual “*un alma toca otra alma*” (p. 43) y que “me lleva a querer ser más yo mismo, en formas de compromiso y de responsabilidad” (p. 44).

¹ Para ampliar este tema de “la casa”, véase especialmente, del mismo autor: *La resistencia íntima. Ensayo de una filosofía de la proximidad*. Barcelona: Acantilado, 2015.

En este punto del camino, Esquirol dedica varios pasajes a pensar en el maestro, figura tan vapuleada por ministerios de educación y despreciada “expertos” que nunca han pisado un aula, pero pontifican sobre lo que es y lo que no es la educación, o por burócratas de la calidad que ven en el profesorado un “productor” de cosas cuantificables. A lo largo de todo el libro, encontramos enunciada de diversas formas la tarea primordial del maestro, que se resume así: «En verdad, el maestro dice al alumno dos cosas: “Mira, el mundo es apasionante” es la primera; “Estás solo”, la segunda. Una es el prefacio del estudio. La otra, de la fraternidad» (p. 155). Esa es la síntesis desafiante de la acción pedagógica que propone Esquirol. Decir que el mundo es apasionante es abrir posibilidades para que el alumnado vaya “a las cosas mismas”, tenga experiencia de ellas, las palpe, las deje aparecer, las apalabre sin sed de dominio; en ese sentido, es condición para ser maestro que uno testimonie una pasión por la vida en sus distintas formas. Dicha pasión es también condición del estudio y, con él, de la investigación. Por otro lado, que los buenos maestros digan a cada uno de sus estudiantes “estás solo” constata radicalmente nuestra condición humana de ser un “sí mismo”, pero también la condición de todo encuentro auténtico. La soledad a la que apunta el maestro no ensalza al sujeto solipsista, hecho y derecho previamente a su encuentro con los otros; al contrario, reivindica la soledad radical de ser en el mundo –que es como decir también: la *intemperie* propia de nuestra humanidad– como preludio de una fraternidad, que se reconoce deudora de los otros, capaz de leer esa misma soledad en los demás, pero sin asirlos en algún tipo de conocimiento, acción o comunidad que anula la singularidad de cada viviente.

No obstante, el maestro no solo dice a su alumno estas dos cosas. Los buenos maestros dicen a cada uno de sus estudiantes: eres origen (p. 56), eres capaz de iniciar algo en el mundo (p. 57), de responder a la situación en la que te encuentras (p. 60). No solo lo dicen, sino que ayudan a sus estudiantes a que sean origen, para lo cual apuestan por la liberación y la emancipación (p. 61); especialmente, se ocupan de “restablecer la dignidad cuando ha sido dañada, o usurpada desde el principio. O, en grados no tan duros, [de] restablecer la confianza (p. 61). Aquí se entiende que la escuela, como leíamos unas líneas atrás, es “antidestinal” porque dice a los estudiantes: eres capaz a pesar de tus circunstancias, puedes relativizar los marcos (p. 64).

Para el filósofo catalán, entender la profundidad del mundo requiere *prestar atención*². La atención es una disposición del espíritu (p. 65), que comienza en lo concreto de las cosas mismas, en la “enjundia de la sencillez” (p. 74), y luego se detiene, persevera, se mantiene despierto, en vigilia (p. 69); en últimas, la atención “pide paciencia y dedicación” (p. 66) para que las cosas se manifiesten y aparezcan las preguntas auténticas. Prestar atención también es descentrarse, esto es, dejar de ver las cosas –aunque sea por un momento– tanto en referencia a mí (mi mundo, mis intereses, mis formas de pensar), como en función de los rendimientos (cognitivos, procedimentales, económicos, entre otros) que puedan darme. Asimismo, quien presta realmente atención encuentra que, si bien el ser humano puede alcanzar conocimientos asombrosos sobre el mundo, hay algo de éste que pide más bien dejar abiertas las preguntas (p. 75), abierto el misterio o mantenerse en un silencio reverente.

Porque tiene una experiencia de la profundidad del mundo, el ser humano es capaz de hacerse “amigo de trazos, números, palabras o gestos bellos, y convertirse en fuente, poeta y obrero de mundo”. En este punto de su exposición, Esquirol recuerda el sentido primigenio de la “formación”: adquirir una forma. ¿Cuál? La del humano, pero no una que esté determinada por un centro de saber o de poder, ni por una ideología o una corriente de pensamiento. La forma que gana el ser humano es la de la “herida abierta”³ fundamentalmente, a los otros seres humanos, a las otras creaturas y al mundo.

² Este concepto es clave en las últimas obras de Esquirol, por lo menos –hasta donde tengo conocimiento– en: *Uno mismo y los otros. De las experiencias existenciales a la interculturalidad* (Barcelona: Herder, 2005); y, sobre todo, en *El respeto o la mirada atenta* (Barcelona: Gedisa, 2006).

³ Esta idea se halla en la obra de Esquirol titulada *Humano, más humano. Una antropología de la herida infinita*. Barcelona: Acanalado, 2021.

Ahora bien, capaz de sentir y ser consciente de su forma, también el humano logra sentir y pensar la belleza de las formas que, a lo largo de la historia que lo precede y en su propio presente, han intentado expresar y recrear el mundo. Para Esquirol, estas formas “son cinco, con alguna que otra intersección: *palabra* (expresión, escritura, lectura...), *lógica abstracta* (matemática, geometría, programación...), *trazo* (dibujo, pintura...), *gesto* (danza, calistenia...) y *música* (canto, ritmo...)” (p. 95). Cabe decir que dichas formas no son ni exclusiva, ni únicamente, las que llamamos “profesionales”, o las reconocidas y valoradas en un ámbito de especialistas. La narración de la abuela, la forma de ubicarse en el tiempo-espacio de los campesinos para la cosecha y la siembra, el arte urbano, la danza de los jóvenes en el parque, la improvisación musical en una tertulia... Todas manifiestan que el humano es “fuente de formas” (p. 88), creador de más mundo y más vida, así como obrero de mundo, que ayuda “a que el mundo no se pierda...” (p. 105).

Atrás mencionábamos que lo segundo que los buenos maestros dicen a sus discípulos es que estos “están solos”, lo cual es preludio de la fraternidad. Pues bien, darse cuenta de la soledad radical que cada uno de nosotros es nos tendría que llevar a otra apuesta, también radical, por *no hacer el mal*. El sí mismo en la propuesta de Esquirol no ocupa el primer lugar; lo ocupa el otro cuyo mandato de no hacer el mal es de primer orden y emana de la atención al rostro del otro (p. 112). Esta apuesta tiene otra arista: la de sentir vergüenza por el mal cometido a otro, vergüenza de la que, según el autor, también surge la filosofía (p. 116). Puede decirse, entonces, que la escuela –en el sentido amplio que ya se ha mencionado– es un escenario para aprender a darse cuenta del mal cometido, no mediante el escarnio, el castigo o la cancelación del otro –formas de venganza que, en últimas, añaden mal al mal–, sino mediante una bondad que, lejos de transigir las violencias, comprende que todo otro es un rostro, aun aquel que en algún momento ha vulnerado a sus semejantes. En todo caso, sea por la vía del compromiso de no hacer mal –y su contracara: el de hacer el bien–, sea por el camino de la vergüenza que recorre aquel que reconoce el daño hecho, se compromete con la reparación y, a la vez, es acogido como otro, también vulnerable, la madurez humana que ayuda a formar la escuela del alma implica “evitar que la frialdad cale para que, así, frente al otro, salga del corazón de cada persona el deseo de no hacer daño. Es como si la madurez fuera una segunda ternura, *una madurez tierna*” (p. 117).

Ahora bien, aprender a atender el mundo, a maravillarse con las cosas, a ser amigo de las formas, a no hacer el mal, todo ello va *formando* una *manera de vivir madura*, que se sintetiza en lo que el filósofo denomina las cinco *reiteraciones* de la vida espiritual. Las tres primeras reiteraciones se ocupan de cómo el humano responde a la revelación del mundo que se nos da como maravilla, como mal o como envío. En primer lugar, nos maravilla que “el mundo es. Hay situación (...) hay belleza de las cosas. Hay belleza del mundo, horizonte de todas las cosas. Y hay belleza en que sean” (p. 128). Ante la existencia del mundo, el humano responde con un sí que se acompasa con el sí del mundo mismo. “Justo ese sí –apunta Esquirol– es la raíz de todo lo que la tradición ha entendido como *vida contemplativa*”, primera reiteración de la vida espiritual. “Que mañana vuelva a salir el sol” (p. 131), exclama el que contempla, a la vez que sabe detenerse ante la hondura del misterio, del límite, y aprende a degustarlo.

El mundo también se nos da como amenaza de sinsentido, de no existencial, de *mal*. La respuesta aquí no puede ser la contemplación –lo que sería “una frialdad, una inhumanidad y una ceguera extremas” (p. 134)–, ni la desesperación, sino “el *gesto médico*: curar, hacer compañía, amparar y resistir” (p. 133). A veces ese gesto se da como plegaria, en la que se pide que “el mal no sea la última palabra” (p. 134); a veces, como libertad que se entrega incluso hasta el *sacrificio*, que testimonia una posibilidad humana de ir allende el mal. En esta *reiteración médica* aprendemos a estar atentos, una y otra vez, al rostro del otro y a dar respuesta al sufrimiento, a la vez que imaginamos que no estamos completamente solos en ese empeño (p. 135).

Una tercera forma en la cual se nos da el mundo es como un “estar en vías” (p. 137). Así lo explica autor: “se podría llegar a decir que es como si el mundo todavía se estuviera gestando, o como si una utopía germinase en el *tópos*” (p. 137). El mundo se

gesta, en parte, por obra de nuestras manos, lo que implica que es nuestra responsabilidad *reiterar* nuestro esfuerzo permanente en hacer más mundo, construirlo para refugiarnos de la intemperie, curar la herida de los otros y tener una casa en la que el otro pueda sentirse acogido. Ese hacer más mundo y su contracara, el no hacer nada que lo destruya, es el movimiento de la *reiteración cosmopoiética*.

Por otro lado, Esquirol presenta dos reiteraciones que responden a la revelación de la vida: la del reposo y la del testimonio. La primera responde al hecho innegable de que la vida es un constante movimiento, un esfuerzo permanente que trae consigo el cansancio. Para que la vida sea madura y fructifique, es necesario tener conciencia de los límites propios, por lo cual es indispensable reposar, tomar un respiro y recuperar fuerzas. Esto no solo hace referencia a nuestra *physis*, sino también a nuestra vida espiritual. El pensamiento es una actividad viva que también agota; de ahí que una persona cansada no puede observar bien, ni leer bien, ni escribir con sentido. Entonces, “el reposo es el aliado indispensable de la atención y constituye, sin lugar a duda, una práctica espiritual... El tiempo del reposo es fecundo: en su seno se gesta” (p. 145). Otra manifestación del reposo es la de repetir –podríamos decir también: rumiar– los pensamientos para que maduren, alimenten y generen vida. Un pensamiento no reposado es superficial, pasajero; un pensamiento que no reposa no puede transformar la vida de quien lo piensa, ni ser una luz de resistencia ante “la sociedad contemporánea [que] ni sabe reposar ni deja reposar. Y así, dificulta hacer camino. Por eso, saber descansar es una manera de resistir el embate de esta sociedad agotada y agotadora” (p. 148).

La segunda reiteración que responde a la revelación de la vida es la del *testimonio*. No solamente estamos vivos y podemos sentir la vida, sino que testimoniamos ese misterio de vivir, damos el sí a nuestra condición de vivientes y consentimos aquello que se escapa a nuestra comprensión y nuestra voluntad. El testimonio que damos de la vida implica una reiteración del sí radical a nuestra condición de vivientes. Asimismo, sostiene Esquirol, es propio del testimonio la presencia de los otros: testimoniamos *ante otros* el gusto por vivir; somos testigos del vivir de los otros y también de su vulnerabilidad, razón por la cual también la reiteración médica, la del cuidar la vida, es posible por este testimonio mutuo.

El itinerario de Esquirol termina con una reflexión sobre la posibilidad de una “orden filosófica del amor” (p. 175) o, en palabras de Patočka, de la “solidaridad de los conmovidos”⁴. Con esta metáfora, Esquirol hace eco de la etimología de la palabra “filosofía” como *amor a la sabiduría*, pero también reivindicándola como *sabiduría del amor* (p. 182); asimismo, con ella invita al compromiso de la fraternidad, el amor, el sentido y la esperanza, que ha de profesar todo aquel que esté dispuesto a responder al don de la vida, del mundo y de los otros. Esa “orden” no es la de expertos que hablan del amor y del cuidado, sino la de seres humanos que aman y cuidan y viven en camino toda su vida porque nunca dejan de ser principiantes. Tampoco es una organización, ni un movimiento, ni un grupo concreto, sino el tejido de hilos entre humanos, conocidos y desconocidos, que despliegan una manera de vivir como la que se propone en la escuela del alma, en este libro.

Doctor en Filosofía Contemporánea y Estudios Clásicos (Filosofía Teorética y Práctica)
(Universitat de Barcelona, Espanha)
Professor Universidad de la Amazonia, Colômbia
E-mail: mpradalon@gmail.com

⁴ PATOCKA, Jan. « Les guerres du XX^e siècle et le XX^e siècle en tant que guerre ». In: *Essais hérétiques sur la philosophie de l'histoire*. Lagrasse: Verdier, 1999, p. 167.